

# HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

## UN VIAJERO ESCRITOR

**C**ERRAMOS el libro de Alejandro Vicuña, este «Bajo cielo africano», recién editado en París, y grabado en la memoria el panorama de su viaje, y más que todo grabada en la sensibilidad la imagen del viajero, nos sentimos tentados, como el árabe de uno de sus relatos, a sentarnos al lado suyo en el rústico banco protegido por sombra tupida, y a repetirle, sacando nuestra libreta de impresiones, más fácil de aplicar aunque no menos exacta que el libro de los horóscopos que el árabe ocultaba bajo el manto:

—¿La suerte, el pasado, el porvenir del señor?

Porque, como dice el autor:

No tanto escribimos para ser leídos, como para conservar nuestras impresiones y poder evocarlas en el futuro. Escribimos para leernos dentro de algunos lustros, si Dios nos concede vida, cuando ya no seamos capaces de viajar sino en las páginas de un libro, habiéndose ya empezado a velar las páginas de nuestra memoria.

O sea, el libro es el confidente, el espejo que aprisiona los paisajes: el paisaje de la naturaleza, que es el que contempla el viajero; el paisaje íntimo del viajero, que es el recreo del lector. Se olvida lo que hemos visto; se olvida también lo que hemos pensado y lo que hemos sentido; llega a ignorarse, por haberlo olvidado, el yo que en un momento fuimos. Y ese yo es el que el viajero escritor deja prendido a sus relatos para volver después a encontrarlo, y es a menudo el mejor de los panoramas que el libro de viajes ofrece al lector.

---

¿La suerte, el pasado del señor? como el charlatán árabe ofrecía.

El viajar, el viajar una y otra vez, el llegar para poder partir de nuevo, deben de estar ciertamente indicados en la arena del desierto y en los dibujos cabalísticos que una vieja sabiduría pueda trazar en ella: si el azar repite, es mucho más frecuente que la repetición de los actos humanos no sea hija del azar.

Alejandro Vicuña ha viajado mucho. Regresa de una latitud cualquiera—ofrece tantas latitudes el orbe a la curiosidad—y su suerte le empuja a partir en busca de una nueva y desconocida latitud. Tal vez cada viaje suyo se haya determinado por un motivo diverso; alguno no fué obra de la libre voluntad suya de quedar o partir; pero hay dentro de él un resorte íntimo y constante que le mueve a cambiar. Cualquiera cosa que cambiamos, sólo cambia el insatisfecho:

¿Dónde encontrará descanso el viajero inquieto—nos dice este libro—a no ser en el torbellino del movimiento y en la renovación incesante de horizontes y paisajes?

Y aun de los sitios más pintorescos y atrayentes de su itinerario, como Tlemcen:

Partimos dejando trozos de nuestro espíritu en el valle encantador donde retoñan los huertos en eterna primavera y las viejas ruinas en recuerdos impercederos.

Y a nosotros, más muchas veces que la ruta seguida en el espacio, nos apasiona el drama congénito o adquirido que obliga al viajero a seguir la ruta.

¿Drama? ¿Y por qué no? Donde cualquiera insatisfacción comienza, comienza todo drama. Hay la insatisfacción que exige conscientemente lo que no se tiene, y es ella un drama o un núcleo de drama activo e innegable; hay la insatisfacción que sólo impone el desapego de lo que se tiene, y en ella late un drama o el núcleo de un drama pasivo o inconsciente.

Generalmente, el drama de viajar es de estos últimos, simple atracción que ejerce «el torbellino del movimiento» y hacia «la renovación incesante de horizontes y paisajes», por desapego o aburrimiento del horizonte que cerca el paisaje de todos los días.

Distingamos también en desapegos y aburrimientos. Es fuente de aburrimiento y desapego la falta de amor a las cosas, la falta interna de un potencial de amor; fuente ésta de mezquinos aburrimientos y desapegos. Es fuente también de aburrimientos y

desapegos la excesiva sollicitación de las cosas al espíritu, la sollicitación simultánea de la diversidad de las cosas, y la imposibilidad de cogerlas todas y en un instante mismo; desapego o aburrimiento el de estos últimos que, en límites extremos, puede denominarse fatiga y tal vez saciedad.

Y aquí si que estamos en el drama, cuya escala va de la mera inquietud al vértigo del desplazamiento. Y esta suerte humana bien puede estar escrita en la arena del desierto, sobre la cual la sabiduría del africano expresa la cábala de los destinos.

---

¿Qué pasea Alejandro Vicuña bajo cielo africano? Pasea su «cuestión polaca». El velo de la alusión cubre, en el prólogo del libro, el objeto capital aludido. Muchas son las cuestiones polacas que una psicología rica como la del autor ha podido llevar en el espíritu, pero hay una que la historia impone y que nos quita el derecho de busca y de elección: Polonia va en la historia engarzada al concepto de libertad, y toda la activa existencia de Alejandro Vicuña ha sido una lucha por ese derecho humano, y su espíritu de crítica permanente ha requerido, como elemento vital, un aire recargado de libertad. Y mientras Alejandro Vicuña cruzaba bajo cielo africano, Chile vivía días amargos de su historia. Esa es la cuestión polaca, transparente en el prólogo anecdótico bajo el velo de la alusión, y esa la traducción para este libro de la anécdota aquella:

Una sociedad científica abrió en Europa hace años un concurso, y era su tema el elefante. Cuatro sabios acudieron: un inglés, que disertó sobre el aprovechamiento industrial del elefante y sus colmillos; un alemán, que consideró al elefante en la paleontología y en su evolución al través de los siglos; un francés, que estudió las costumbres eróticas del elefante, y un polaco, que trató del elefante y de sus relaciones con la cuestión polaca.

El sabio polaco y Alejandro Vicuña siempre llegarían, a propósito aun de los más desorbitados temas, a su obsesión primordial: la libertad, ese ideal por cuya conquista había luchado el viajero y por cuya lucha había visto hacia poco cerrársele las puertas de la patria.

Y como en todo luchador la represión se transforma automáticamente en energía, tenía razón el autor para afirmar en la portada del libro que no debía ser ingrato para esa idea o sentimiento que lo absorbían,

los cuales, si bien es verdad, nos ocasionan inquietudes y zozobras, no es menos cierto que nos alientan y nos dan una razón para vivir.

Y es mayor acierto el del árabe, que sólo conocía del pasado de Alejandro Vicuña lo que la arena del desierto le revelaba, que el de nosotros cuando extraemos del tono del libro su pasado y añadimos a esas deducciones lo que de antemano conocíamos del viajero; es mayor acierto, sin duda, y más misterioso el del árabe, que le dice leyendo en los signos cabalísticos de la arena:

—Ud. desempeña en su país una función pública, posiblemente juez o profesor; su nombre es más conocido que su figura; ha sufrido mucho, pero el término de sus males se acerca con el bien perdido.

---

Aquí calló el árabe, y nos deja vislumbrando el porvenir. Nos interesa en especial el del escritor.

Alejandro Vicuña se ha enriquecido bajo cielo africano. Tiene este libro páginas de belleza serena y melancólica; nutrida de magullado escepticismo, su sensibilidad se extiende ahora en una mayor superficie humana, y es más íntima y más vibrante la palpación.

Queríamos citar entera aquella página sobriamente emocionada en que pinta un cementerio musulmán. Si no entera, tomemos de ella los párrafos de mayor movimiento y color:

Algunos animales pastan apaciblemente entre las tumbas; dos o tres parejas de enamorados, frente a la soledad de la muerte, preparan el advenimiento de la vida. ¿Y podría faltar, entre los huéspedes de tan macabro paraje, el tipo clásico del mendigo, harapiento e inmundo, que descansa allí, sentado junto a un sepulcro, dedicándose a hacer la policía contra los importunos parásitos que se ocultan bajo sus ropas raídas? Indiferente nos mira pasar, y con la misma indiferencia continúa en su tarea.

Un grupo desciende por estrecho sendero que serpentea entre las tumbas. Conducen en una angarilla, con techo de género blanco, un cadáver que van a depositar bajo tierra. Alcanzan hasta cerca de la playa, y dejando momentáneamente su carga en el suelo, toman colocación a su alrededor, sentándose sobre las piedras verticales de las tumbas cercanas. Dos hombres comienzan a abrir la fosa, la que rápidamente está lista para recibir su tesoro. Se alzan pausadamente los asistentes y rodean el último lecho del amigo o pariente, mientras una hábil maniobra de los angarilleros arroja el cuerpo a la fosa. Vemos el fardo blanco en el aire y sentimos luego un ruido seco, que anuncia la toma de posesión de un pedazo de suelo por un hombre que en vida jamás ensayó probablemente tal prueba de dominio y señorío. Después, algunas paladas de tierra sobre el cuerpo y algunas preces por el alma.

Alejandro Vicuña viajero había sido hasta ahora más objetivista; dominaba en él la información; ahora empieza a dejar transparentar estados de ánimos con ricas sugerencias. Sacude al lector, como sacudió al viajero, aquel atardecer en Meknes sobre el paisaje cargado de minaretes y palmeras y sobre los

senderos polvorientos poblados, como en los tiempos lejanos, de mujeres que con el ánfora en la cabeza, iban en busca del pozo inextinguible. Sacude al lector el sacudimiento del viajero.

De estos estremecimientos de sensibilidad, que muestran en rápida vislumbre paisajes psicológicos mal definidos, se nutre, más que de informaciones exteriores, la gran literatura. Y cuando al lado de ellos encontramos intencionados rasgos de sátira social, relatos de costumbres, observación caricaturesca fina como aquella del rostro del camello que subraya al viajero, en un rictus de ironía, su falta de cautela ante el explotador, podemos augurar, como el árabe, el porvenir.

Que vengan nuevos libros: cada uno de ellos nos traerá un nuevo y más rico panorama, extraído cuanto más intenso, con nueva y más rica ansiedad. Nunca se agotará la fuente, mientras dure la vida. Entonces ya lo dice el autor:

Todos sabemos cuál será esa postrer frase nuestra, palabras que quizá escucharán los hombres por primera vez de nuestros labios, porque estaban escritas precisamente en lo más hondo del corazón.—A L F O N S O B U L - N E S .

## LA VIDA DE FRANÇOIS VILLON

(A propósito de «Le Roman de François Villon», por Francis Carco).

**A** las biografías noveladas que nos ha prodigado la literatura de los últimos tiempos, viene a sumarse esta novedosa vida de François Villon, que en la serie de *Le roman des grandes existences* (Plon Nourrit édit.), sigue a la *Prodigieuse vie d'Honoré de Balzac*, a la *Vie Aventureuse de Rimbaud* y a la *Vie Pareseuse de Rivarol*.

Byron es el égotra displicente, orgulloso de su casta, inconstante y déspota en el amor, espíritu de acción y de lucha, consciente de su genialidad, que pone al servicio de sus pasiones —poesía de erotismo y de glorificación romántica—; Shelley es el alma del panteísta que vibra en la *measureless music of things*; en él la sombra abyecta de Calibán no alcanza a manchar la nitidez del espíritu de Ariel —poesía de serenidad, de panteísmo puro, con mucho del concepto y de la forma griegas—; Villon es al lado de ellos, el pobre Lelio ungido por la vida en la florecencia lírica de su poesía, en quien ensaña el Destino su saeta de dolor y de miseria.

En su vida han obrado con un determinismo ciego, aquellos factores que Sainte-Beuve señalaba como matrices en la gesta-